# AGUA QUE CORRE

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

## ANGEL GUIMERA

**PERSONAJES.**—AMELIA. – ANITA. – MARCELINA. – CECILIA. – ANTONIA. – FRANCISCA. – MANUEL.—RAMON.—ESTANISLAO

## ACTO PRIMERO

Habitación en una quinta de la alta montaña de Cataluña. Puerta en el foro; otra a la derecha de la escena; una ventana a la izquierda. Por la tarde.

Amelia sentada. Anita acabándose de arreglar ante un espejo. Francisca cuando se indique.

ANI.—¿Conque no vienes con nosotros a Fontijola?

AME.—No; hoy no.

ANI.—¡Y tanto empeño como tenías en que hoy volviéramos! (Pausa.) Mira que tiene gracia: ayer tanto rogar a los Moreras para que fuésemos, y ahora... (Pinchándose.) ¡Ay! ¡maldito alfiler! Hoy todo me sale mal. A mi aquellas ruinas me encantan. (Amelia preocupada no la escucha.) Que me encantan las ruinas de Fontijola! (Pausa.) ¿Pero no me oyes?

AME.—Si, mujer, si. (Anita se ha puesto un sombrero. Se lo quita y se pone otro.)

ANI.—Mira si me encantan, que tengo una idea. ¿Pero con quién hablo?

AME.—Si, si, que tienes una idea.

ANI.—(Corriendo hacia Amelia y arrodillándose delante de ella.) Te lo voy a decir: En cuanto me case... haré que mi marido compre las ruinas del castillo. Pasaremos allí los veranos; ¿que te parece? ¿Valdrán mucho aquellas cuatro paredes?

AME.—Casi nada; no hay más que piedras, porque el estanque es propiedad de todo el mundo.

ANI.—¿Cuánto podrán valer, dí, poco más o menos? (Amelia sigue pensativa.) Aquel balcón grande tan cerquíta del estanque que se puede tocar el agua con la mano... aquello, hija, es una maravilla, ¿no es verdad?

AME.—Si. Aquella agua que parece que no se mueve y que por debajo corre, corre .. El otro día me estuve mirando en ella.

ANI.—Ya te vi: estabas con Manuel. (Amelia se levanta.)

AME.—¿Qué hora será ya?

ANI.-Tarde, muy tarde. Tú no quieres ir a Fontijola porque te figuras que Ramón llega esta noche, y ya verás como no viene hasta mañana. (Llama.) ¡Francisca!

AME.—El telegrama es de Marsella; de Marsella a Barcelona es cuestión de horas, y de Barcelona aquí pon siete horas más. Toda la noche estuve echando cuentas.

FRA.—(Desde la puerta.) Señorita...

ANI.—Llévese usted esto. (Le da un sombrero y objetos.) ¡Ah! Lléguese usted a casa del señor Morera y diga que yo ya estoy lista... Y que Amelia no va.

FRA.—Está bien, señorita.

ANI.—Y que me avisen si ya están arregladas. (Sale Francisca.) ¡Ay! Adios alegrías y meriendas en Fontijola y paseos por el bosque a la luz de la luna.

AME.—¿Por qué dices, adios alegrías?

ANI.—Porque tu marido es muy serio... ¡y más áspero!... no repara que tiene en casa a una cuñadita en estado de merecer... A las solteras, hija se las saca a que las dé el aire. Mira si es serio Ramón, que solo con saber que llega ya no eres la misma.

AME.—(Riendo forzadamente.) ¡Que no soy la misma!

ANI.—(Con zalamería.) Cualquiera diría que tienes una pena muy grande.

AME.—(Enfadándose.) Pero vamos a ver. ¿Por qué he de salir con vosotras si no tengo ganas?

ANI.—Yo en tu lugar, no solo saldría esta tarde, si no hasta esta noche... para que cuando llegue Ramón no te encontrara en casa ¡Mira que estarse un año en América dejándote solita! Todo por los negocios... ¿Y el querer para cuando se guarda? (Amelia no contesta.) Ya se lo diré en cuanto le vea. Vaya, que no merece que te sacrifiques tanto por él.

AME.—(Riendo forzadamente.) Es inútil; no te canses; no lograrás hacerme sa

Ani.—Demasiado se figura todo el mundo que se acaban estos paseos.

Ame. —Todo el mundo, todo el mundo... ¿quién es todo el mundo?

Ani.—El señor Morera y Cecilia... y Marcelina, que es la primera que ha notado que estás triste.

Ame.—Ya te he dicho que no quiero que tengas mucha confianza con Marcelina, porque es una enredadora. Parece mentira que Estanislao consienta que se meta en todo.

Ani.—Es que también se empeña en que vayas otra persona, ¿entiendes? Se empeña Manuel.

Ame.—Bueno, si, todo el mundo.

Ani.—No, él lo desea más que los otros... Se me figura que nos tiene cariño, mucho cariño.

Ame.—(Avergonzada.) ¿Que nos tiene cariño? (Pausa.) Ven acá, ven acá ¿qué quieres decir con eso? explicate.

Ani.—Tú eres la que tienes que explicarme una cosa, tú.

Ame.—(Alarmada.) ¿Yo? ¿Qué tengo que explicarte yo?

Ani.—Dime si Manuel te habla algunas veces de mí.

Ame.—¿De ti?

Ani.—Si, dímelo, anda,

Ame.—(Con enojo.) No, no me habla de ti. ¿Por qué me lo preguntas?

Ani.—Porque yo me figuro que le gusto... que le gusto mucho. (Avergonzada.) Y como él a mí me gusta un poquito. Y como él podría comprar Fontijola... a ti y a Ramón ya os dejaremos venir los veranos.(Amelia acaba por besarla con efusión.)

Ame.—Ah, mi pobre Anita ¡cuanto te quiero!

Ani.—Si, me quieres mucho y no haces nada por ayudarme.

Ame.—Mira; Manuel nunca me ha hablado de tí con interés, ¿comprendes?

Ani.—¿Pues por que está tanto tiempo en el pueblo?

Ame.—Por la amistad que tiene al señor Morera... se quieren como hermanos.

Ani.—¿Y por qué demuestra tanto interés y quiere salir siempre con nosotras? Si no te habla de mí, ¿de qué hablais tanto? (Amelia no sabe que responder.) Vaya que le gusto mucho... si se vé muy claro.

Ame.—Escucha: te voy a decir una cosa para que dejes de pensar en Manuel. Manuel hace mucho tiempo, mucho, que quiere a una señora de Barcelona, y está loco por ella, tanto, que no querrá nunca a ninguna otra, nunca. Es la ilusión de toda su vida, y, pase lo que pase, ese hombre vivirá sólo para ella.

Ani.—¿Qué dices?

Ame.—Ahora ya lo sabes... no hablemos más... y no digas una palabra a nadie... y a Manuel mucho menos.

Ani.—¡Dios mio!

Ame.—Ni una sola palabra a nadie, ¿oyes? (Le da los guantes y la sombrilla.) Toma; hace un sol que abrasa.

Ani.—(Tomándolo maquinalmente.) ¿Te lo ha contado él mismo?

Ame.—¿A mí? No. Lo sé por una amiga de colegio.

Ani.—¿Quién es?

Ame.—Hace muchos años que no la he vuelto a ver.

Ani.—¿Muchos años? Y él sabe que tú...

Ame.—Anda; no te detengas. Se os va a hacer de noche en Fontijola.

Mar. (Desde dentro.) ¡Amelia!

Ani.—Es Marcelina.

Ame.—¿Ves? Con tus tonterias...

Ani.—Vienen todos.

Ame.—Dí que estoy mala y marchaos. (Vase Amelia por la puerta lateral.)

Ani.—(A Amelia.) Sí, sí. (A Marcelina.) Voy, voy.

Mar.—(Entrando.) Pero, ¿qué pasa? ¿Dónde está Amelia?

Ani.—Dejémosla... Vámonos nosotros.

Cec.—(Entrando.) ¿Pero no viene?

Ani.—No; hoy no. (Entra Manuel.)

Mar.—¿Oye usted, Manuel? Amelia no viene.

Man.—Pues creo que no pudiendo ir todos, como otras tardes, no debemos ir.

Est.—(Entrando.) Tiene razón Manuel; no iremos.

ANI.—Pero, señor Morera, ¿qué culpa tenemos nosotros de que a Amelia le duela la cabeza?

MAN.—Pues si Amelia no está buena, razón de más para que no vayamos.

ANI.—No, si no es nada.,. Como Ramón debe llegar esta noche...

MAN.—¿Pero se sabe de cierto que llega? (Anita le dice que sí con la cabeza.)

MAR.—Nada, nada; se pone a discusión si vamos o no vamos a Fontijola. Estas cosas deben resolverse como en los tribunales. Yo presido, se discute, y después a votar. Estanislao, empieza tú. Estanislao, tú. Tienes lapalabra.

EST.—(Con naturalidad.) Yo, como Manuel, creo que no debemos ir a Fontijola. En primer lugar, porque hace mucho calor, y en segundo...

MAR.—Basta. Ahora tu mujer.

CEC.—¿Yo? ¿Qué he de decir yo? (Anita deja de hablar con Manuel.)

ANI.—(A Cecilia.) Que sí, que sí, diga usted que sí.

CEC.—(Incitada por Anita.) Yo digo que si. (Anita palmotea.)

ANI.—Ahora me toca a mí; ahora yo.

MAR.—¡Chitón! Que hable Manuel; pero con muchos floreos y largo.

MAN.—(Que hablaba con Estanislao.)Bueno; pero, ¿qué quieren ustedes que diga?

MAR.—Empiece usted así: «Señores...» y váyase usted explicando.

MAN.—(De mala gana.) Señores... (Rien todos y le animan a seguir.) Tengo el sentimiento de acusar delante de este tribunal de gente bonita...

EST.—Muchas gracias.

MAN.—No lo digo por ti, Estanislao. De acusar de falsedad incalificable, de acusar como reo de lesa amistad a Amelia. (Esforzando para que Amelia le oiga.) Sí, Amelia, señores; que hoy, último día, seguramente, de nuestras excursiones, abandona traidoramente la plaza pasándose al enemigo con armas y bagajes; conduciéndose como mujer frívola, desleal y falsa a susjuramentos. (Aplauden.)

ANI.—Muy bien, muy bien. Vamos a Fontijola.

MAR.—No, no, que continue el discurso. (A Manuel.) Siga usted, siga usted.

ANI.—Vámonos.

MAR.—Que continue Manuel.

MAN.—¡Ah! Se me olvidaba una cosa; que el tribunal no está bien constituído.

MAR.—¿Cómo es eso?

MAN.—No; porque falta el acusado. Por lo tanto, señores, propongo que se nombre una comisión que vaya a hablar con Amelia y que le ruege... (Con intención.) muy humildemente, de rodillas, si es preciso, que comparezca para declarar.

MAR.—Muy bien dicho. Irá la presidenta con Anita. Vamos, Anita.

AME.—(Sale cuando van a entrar.) ¿Cómo va, Marcelina?

MAR.—Dispénsenos. (Refiriéndose a la broma que estaban haciendo.)

AME.—Señor Morera...

MAR.—Tal vez nos hayamos excedido un poco.

EST.—(Riendo.) Cosas de Marcelina; ya la conoce usted.

AME.—Todo lo he oido y les agradezco su buena voluntad; pero esta noche no quiero salir de casa. (Con intención por Manuel.)

MAR.—Ya lo oyen ustedes; no importunemos más.

AME.—(Al ver que Manuel se dirige hacia ella.) Debo quedarme porque Ramón llegará esta noche. Debo estar aquí cuando Ramón llegue; ese es mi deber. ¿No es verdad, señor Morera? (Manuel saca la cartera y escribe en ella.)

EST.—Sí, sí; tiene usted razón. Iremos nosotros.

ANI.—Ya se lo decía yo, pero han querido verte...

AME.—Y yo también me alegro mucho de ver a ustedes.

CEC.—(Incitada por Anita.) Nos vamos, Amelia.

MAR.—(A Amelia.) Mire usted a Manuel: de fijo que la está retratando asomada a la ventana y con un letrero debajo que diga: «Esperando al esposo.»

EST.—Esta noche volveremos para ver a Ramón. ¿Tú no conoces a Ramón?

MAN.—No, no le conozco. (Amelia entretanto ha ido a la puerta con Cecilia y Anita.)

MAR.—(A Manuel.) A ver, a ver ese dibujo.

MAN.—(Riéndose.) No, no, es una sorpresa.

MAR.—(A Amelia.) Que malo es, ¿verdad? Adiós, Amelia.

EST.—(Desde la puerta.) Hasta luego.

AME.—Diviértanse ustedes mucho

oído, que sólo a ti te querría para madre de mis hijos...Y hasta entonces no supe que eras casada... y que no tenías hijos... y me alegré de que no hubieses tenido hijos. (Amelia solloza.) Desde aquel día, Amelia, te he seguido por todas partes... Al poco tiempo tu marido se fué a América... y yo conseguí que me quisieras, y tú también creiste llegar a la felicidad que jamás has sentido con ese hombre.

AME.—No digas eso, no lo digas.

MAN.-Callo, sí, pero procuraré más y más acercarme a tí; ser cosa tuya; ayudar algo que hay en tí que quiere ser mío y no se atreve, cobarde... y lo conseguiré.

AME.—No; porque levantaré barreras que nos separen para siempre.

MAN.—Yo las saltaré, destruiré todos los obstáculos.

AME.—¿Cómo?

MAN.—Pasando por encima de todo ¿no te lo he dicho? atropellándolo todo, con un solo fin... llegando si es preciso hasta ser el marido de tu hermana.

AME.—¿Casarse usted con Anita? ¿Casarte con otra?

MAN.—Sí, sí, casándome con tu hermana.

AME.—¿Entonces me has engañado? ¿Quieres a Anita?

MAN.—Solo a tí te amo y a nadie más que a tí.

AME.—Eso es odioso; sería una infamia. Yo sabría impedirlo. La alejaría de usted... se lo diría todo: que intentaba usted cometer una infamia, que usted solo a mí me quiere.

MAN.—No lo creería, porque yo lo desmentiría y me creería a mí.

AME.—Le diría todo... diría que estoy loca por usted.

MAN.—¿Y tu marido? No, eso no lo dirías.

AME.—Usted me está engañando Usted no siente por mí lo que dice,

MAN.—Atropellaré por todo fija la voluntad en mi deseo, con la esperanza única de llegar.

AME.—¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¿Qué quieres de mí? Habla. Todo lo haré, todo, para que no caiga sobre mí esta desgracia.

MAN.—Ya te lo he dicho: huyamos... iremos lejos, muy lejos.

AME.—Ni una palabra más. Ahora sí que todo ha acabado entre nosotros. Si he faltado de pensamiento, no he faltado de obra.

MAN.-Cuidado, Amelia...usted me ha ofendido, usted me ha burlado. Siendo... casi mía, porque ha consentido usted que por mía la tuviese, pretende usted volver tranquila a los brazos de su esposo, como si nada hubiese pasado entre nosotros.

AME.—¡Infame! Usted me ha herido más hondo. Estaba orgullosa... sí, sí, orgullosa de saber que, aunque siempre lejos de mí, era todo mío el hombre a quien había entregado mi alma. Y usted piensa ser de otra mujer.

MAN.—Pero sin amarla.

AME.—Oh, no, no, de otra mujer, de otra.

MAN.—Amelia, Amelia, que hemos adelantado mucho para detenernos...

AME.—Salga usted, salga usted o llamo.

MAN.—Te amo; lucharemos y... ¡ay de tí!

AME.—Sí, sí, lucharemos. (El va a replicar.) ¡Infame! Ni una palabra más.

ANI.—(Entrando.) Vengo muy contenta. Adivine por qué.

MAN.—(Despidiéndose.) Anita...

ANI.—No, no se marche usted, tiene usted que ser testigo. Alégrate, mujer, alégrate.

AME.—¿Por qué?

ANI.—Porque ya ha llegado: ya está aquí.

AME.—¿Quién ha llegado?

ANI.—Ramón.

AME.—¡Ramón!

MAN.—¡El! (Va a salir, pero antes llega Ramón.).

ANI.—¡Ya está aquí Ramón!

RAM.—(Entrando.) ¿Dónde está Amelia?

AME.—¡Ramón!

RAM.—¿Cómo no has salido a recibirme? Abrázame, mujer, abrázame.

AME.—Sí, Ramón, sí.

ANI.—(A Mannel.) ¿Qué alegría, verdad?

MAN.—Mucha, mucha. Con el permiso de usted.. (Va a salir.)

RAM.—(Reparando en Manuel y muy sorprendido.) Amelia, ¿quién es?
AME.—Es... me hablaba de Anita. (Aparecen Estanislao, Marcelina y Cecilia.)
EST.—Aquí le tenemos ya. (Hablan también Marcelina y Cecilia.)
MAN.—(A Estanislao.) Preséntame.
EST.—Con mucho gusto. Ven, Ramón, te presento... (Al ir a presentar Amelia se aparta. Ramón lo observa. El telón, que habrá caído lentamente, corta la presentación.)

## ACTO SEGUNDO

Sala ricamente amueblada: puertas en el foro y otras a derecha e izquierda. Por la mañana.

ANT.—(Entran por el foro derecha después de levantarse el telón). Los señoritos no pueden tardar. Tengan ustedes la bondad de esperar un momento.
CEC.—Sí, sí; esperaremos. ¿No te parece, Estanislao?
EST.—Claro que sí; no me marcho sin dar un abrazo a Manuel.
ANT.—No pueden tardar mucho. (Se dirige a la puerta foro izquierda).
CEC.—Bien, esperaremos.
MAR.—Oiga usted. ¿Han salido juntos?
ANT.—Sí, señora. (Vase Antonia).
EST.—¿Por qué preguntas si han salido juntos? Vamos ¿qué estás cavilando?
MAR.—Nada; siempre te figuras que me preocupo de los demás.
EST.—(Riendo.) ¿Tú? Nunca. ¿Verdad, Cecilia?
CEC.-Lo que debíamos haber hecho es no venir tan temprano...ya te lo decía yo
EST.—Ya sé que no son horas estas de visita; pero siendo el santo de Manuel, y con la confianza que existe entre nosotros...
MAR.—¿Confianza? Sí; la había antes de casarse con Anita; pero después de los meses que han pasado han variado mucho las cosas.
EST.—Es que no es lo mismo vivir en el campo durante el verano, que ahora en Barcelona, donde la gente no se ve tanto.
MAR.—No es eso, no; es que ahora Manuel ya no nos necesita como nos necesitaba el verano antepasado.
EST.—Tú piensa lo que quieras; yo a Manuel siempre le querré como a un amigo del alma; ¿verdad, Cecilia?
CEC.—¡Oh, eso sí!
MAR.—Lo que pienso es que debiera agradecerte muchas cosas y... no te las agradece.
EST.—¿Qné quieres decir?
MAR.—Que su casamiento a nosotros lo debe, porque si aquel verano no lo hubiéramos tenido en casa, no hubiera conocido a Anita.
EST.—No han sido pocas las veces que él nos lo ha dicho. Lo que hay es que a tí no te hizo gracia la boda por que te habías forjado muchas ilusiones.
CEC.—¡Calla, Estanislao!
MAR.—Siempre la misma broma. De Manuel me había imaginado muchas cosas, pero nunca que se enamorara de mí... ni de Anita tampoco.
EST.—(Riendo). ¿De veras? ¿De veras, Marcelina?
MAR.—(Reparando en los retratos que están sobre la mesa). Mira, mira su retrato.
EST.—¡Qué guapo y qué buen mozo! Mira, Cecilia. (Le da el retrato).
MAR.—Tiene cara de mal humor. Como si le pasara algo; fíjate, Estanislao.
EST.—Visiones tuyas. Es guapo, es guapo.
MAR.—¿Y el de Anita? (Buscándolo). A ver. ¡Ah!, aquí está.
CEC.—Déjamelo ver
MAR.—Qué tranquila está; cómo se ríe.
CEC.—¡Cuántas joyas!... ¡oh!... oh!...
EST.—Buena pareja, buena pareja. (Riendo con satisfacción).
MAR.—Esta si que vivirá muchos años. (Tira el retrato sobre la mesa). Tan chiquilla es hoy como cuando era soltera. No tendrá nunca pena.
EST.—Tienes razón. Anita no debe creer que las penas existan, porque nunca las ha conocido.
CEC.—Hace año y medio que están casados, tienen dinero, ¿qué más quieren?
MAR.—Y se casaron a escape. Tres meses fueron novios.
CEC.—¿Tres meses?... quizá no tanto.
MAR.—Las relaciones no se formalizaron hasta el día siguiente de llegar Ra-

món de América; eso fué a últimos de junio, y el casamiento se celebró el día de la Virgen de las Mercedes.

Cec.—Bueno, pues entonces tenemos...

Est.—No cuentes, no cuentes. Marcelina sabe con certeza esas cosas.

Mar.—Y a no ser por la enfermedad de Amelia, aún creo que se hubieran casado antes. ¡Vaya una prisa que tenian!

Est. (Riendo) Todo el mundo se casaria deprisa si pudiera. ¿Verdad, Marcelina?

Cec.—(Riñendole). ¡Estanislao!

Mar.—¡Qué hermano tan gracioso tengo!

Cec.—Ya están aquí.

Man.—(Entrando.) Gracias a Dios que se les ve por esta casa.

Est.—(Abrazándole). ¡Ven acá, bribonazo!

Mar.—¡Mira quien lo dice! ¿Como si ustedes vinieran a vernos muy a menudo!

Man.—(A Cecilia dándole la mano). Cecilia...

Cec.—¿Que tal, Manuel?

Est.—(Burlándose). ¿Qué tal, Manuel? ¿Qué cumplidos son esos? ¡Abrázale como yo le abrazo! (Abrazándole). Este por Cecilia.

Man.—(Riendo). Que me ahogas hombre, que me ahogas

Ani.—(Entrando). ¿Y a mí nadie me abraza?

Mar.—¡Anita!

Cec.—A tí no tan fuerte porque no es tu santo.

Est.—También a tí te abrazo, porque para mi siempre eres una niña, una niña muy guapa, aunque esté mal decirlo delante de Cecilia.

Ani.—También para mí es usted siempre el mismo.

Est.—Y muy guapo, ¿verdad?

Man.—No, eso si que no.

Mar.—Guapo no, pero más niño que Anita.

Ani.—Cuánto siento que les hayamos hecho esperar.

Est.—¿Y Amelia? ¿Y Ramón?

Ani.—Todavía no han venido. Me alegraría que los viesen ustedes.

Mar.—¿Y Amelia esta bien del todo?

Man.—Sí; ahora está completamente restablecida. Aquello fué una enfermedad nerviosa, de esas que ustedes padecen y nadie entiende. Con tranquilidad y una temporada que pasó con Ramón lejos de Barcelona, se curó del todo. No hay como el campo. ¿No es verdad Anita? (Bromeando).

Ani.—Eso me lo dice porque no hemos podido comprar Fontijola. Pero tengo muchas plantas de allí. No me han querido vender la propiedad, pero yo les he robado muchas cosas. Vengan ustedes al jardín y verán.

Cec.—Si, vamos a verlo.

Ani.—Manuel, quisiera una cosa.

Man.—¿Qué quieres?

Ani.—Que hoy comiésemos aqui todos.

Man.—Muy bien; hoy se come aquí.

Ani.—Estaremos nosotros, Amelia y Ramón; como en el campo.

Man.—No se hable más de eso. Es cosa resuelta.

Cec.—Pero si aún no hemos oído misa!

Ani.—Comeremos a la una; no son más que las once; de modo que tienen ustedes dos horas. Atravesamos el jardin y les dejo en libertad hasta la una.

Est.—(A Manuel por Anita). Esta muchacha vale más oro que pesa. Ya le había yo dicho a Cecilia: parece mentira que Manuel nunca nos convide a comer.

Man.—¡Si esta es tu casa! ¡Si a ustedes lo debo todo!

Est.—¿Oyes Marcelina? y tù que decías... (Riendo.)

Man.—Vamos, vamos, Anita.

Ani.—(A Marcelina.) ¡Qué lástima que no hayamos podido comprar Fontijola.

Est.—(A Manuel.) Vaya, te dejo en paz, y a la una aqui me tienes.

Man.—No tardes, porque quiero dar una sorpresa a Anita por ser hoy mi santo y desearía que estuvieras presente

Est.—¿Qué es? ¿De qué se trata?

Man.—Tengo que ir a firmar la escritura de Fontijola: al fin la compré.

Est.—Eres un gran hombre, un modelo de...

MAN.-No Estanislao, no;soy un mal hombre. Y lo peor es que no quiero ni puedo ser de otra manera. Tú si que eres bueno, tú si que tienes un corazón sano, tú...

EST.—(Desde la puerta, riendo.) Los hay peores, ¿verdad?

MAN.—¡Y tanto! (Va a salir Estanislao por la primera puerta.)

AME.—(Por el foro puerta derecha.) Estanislao ¡usted por aquí!

EST.—Mucho gusto de verla, señora. ¿Amelia ya sabrá lo de Fontijola?

MAN.—No; había pensado decírselo después.

AME.—¿Qué es eso de Fontijola?

EST.—Nada, nada. (A Manuel.) Como siempre, ya metí la pata.

MAN. -(A Amelia.) Ya te lo diré

EST.—(A Manuel.) Perdona, chico. Hasta luego, Amelia.

MAN.—Hasta luego y no tardes.

EST.—Adios, adios. (Saliendo.)

MAN.—¿Qué tienes, Amelia? Estás triste.

AME.—No, triste no.

MAN.—(Risueño.) Hoy es mi santo y aun no me has felicitado.

AME.—¿Qué es eso de Fontijola?

MAN.—Que he comprado la finca.

AME.—¿Sí? ¿De veras?

MAN.—La he comprado porque alli, Amelia, nos dijimos por vez primera...

AME.—Sí, sí; mirando el agua.

MAN.—Y yo te quiero como te quería entonces, Amelia: No, aun más de lo que te quería entonces.

AME.—(Intentando salir.) ¿Dónde está Anita?

MAN.—Bajó al jardín, para despedir a los de Morera, que volverán luego para comer con nosotros.

ANE.—¿Hoy? No me gusta ver a nadie que me recuedre aquel tiempo.

MAN.—Anita lo ha querido. ¿Y Ramón, por qué no ha venido contigo?

AME.—Vendrá más tarde. (Pausa larga.) ¡Ah, Ramón, Manuel, Ramón!...

MAN.—¿Qué?

AME.—Que vé mi indiferencia para él; y que esta vida es para volverse loca. Yo no debí consentir nunca que te casases con Anita.

MAN.—Gracias a eso puedo estar ahora a tu lado como entonces; saber a cada instante lo que haces; vivir de tu vida diciéndote que te quiero y sabiendo que tú me quieres,

AME.—(Haciéndole callar.) Vamos a buscar a Anita.

MAM.—Niega que me quieres a mi solo, niégalo, niégalo.

AME.—Voy a buscar a Anita.

MAN.—Amelia, tienes mucha fuerza de voluntad. ¿Eres de hierro?

AME.—Sí que lo soy, sí. (Larga pausa. Amelia se quita el sombrero.)

MAN.—Ya sé porque eres tan fuerte; ya lo sé.

AME.—Lo soy... porque lo soy,

MAN.-No: lo eres porque estás segura de que solo a ti te quiero, porque sabes que soy tuyo, y no temes que mi afecto por Anita se sobreponga al que a ti te tengo. Pero lo que no comprendo es que viviendo tú y yo como vivimos, seas dichosa.

AME.—Pero Manuel...

MAN.—Dilo, dilo.

AME.—Manuel, Ramón cada día sospecha más de nosotros.

MAN.—(Con itonía.) ¿Y qué puede sospechar? ¿Qué hay entre nosotros?

AME.—Sospecha que yo te quiero y que tú me quieres. El día que llegó, como nos encontró solos, porque él sabía que Anita no estaba con nosotros, yo no sé, aquel modo de mirarte a ti primero y después a mí... el haberme opuesto yo tanto a que te casases con Anita... mi enfermedad... qué sé yo... El nunca me ha dicho nada, pero yo le conozco. Ramón, sospecha, sospecha.

MAN.—Amelia ¿quieres que Anita y yo nos vayamos a vivir lejos de vosòtros?

AME.—(Muy emocionada.) Manuel, ¿harías eso? ¿Os iriais?

MAN.—(Riendo.) ¿Crees posible que me vaya donde tú no estés?

AME.—¡Ah! no; ya sé que no podrías.

MAN.—(Satisfecho de verla llorar.) Lo ves, mujer; lo ves como tú también quie-

res que vivamos solo pensando el uno en el otro, cerca, muy cerca, como estamos ahora.

AME.—(Tratando de serenarse.) Sí, sí, Manuel, sí; pero no nos digamos nunca esas cosas, y desconfiemos de Ramón; porque si Ramón lo llegara a descubrir, se enteraría la pobre Anita y yo me moriría de pena.

MAN.—Por ella, ¿verdad? ¿Por ella lo sentirías?

AME.—Sí, sí, por ella.

MAN.—Por Ramón, no; ya estoy contento; ves, muy contento.

ANI.—(Entrando.) Y yo también estoy muy contenta. Y quién no lo está siendo el santo de Manuel, ¿verdad, Amelia?

AME.—Sí, sí.

ANI.—Vamos a ver, ¿qué le encueutras a Manuel? Dímelo.

AME.—¿Qué le encuentro?

ANI.—Es que Marcelina ha dicho que en el retrato estaba muy serio.

MAN. No hagas caso, mujer. Parece mentira que aun no conozcas a Marcelina.

AME.—Y dale con Marcelina ¡Y eso que tantas veces te he dicho que es una chismosa.

ANI.—(A Manuel, bromeando.) Por más que eso de estar serio debe ser propio de casados, porque Ramón tiene una facha de serio!... como si siempre estuviera a punto de regañar. (A Amelia.) Pero tú ya estás acostumbrada, ¿no es cierto?

AME.—Si.

MAN.—(Mirando al reloj.) Bueno, yo os dejo y voy a... a donde voy.

ANI.—Díme, ¿dónde vás?

MAN.—Hoy es mi santo y voy... nada, que quiero darte una sorpresa. (Ríe con tristeza.) ¿Y tú no me darás a mí ninguna?

ANI. ¿Yo?... ¿Una sorpresa? (Cae sentada avergonzada. Manuel y Amelia se miran.)

AME.—¿Qué tienes, Anita?

MAN.—¿Qué te pasa?

ANI.—Nada, nada. Vete, vete. Déjame sola con Amelia. (Medio llorosa.)

MAN.—Pero... pero si vas a llorar...

ANI.—(Cambiando de sitio medio enfadada.) Vete, Vete. No quiero que me digas nada. (Amelia y Manuel vuelven a mirarse sin que ella lo observe.)

AME.—(A Manuel.) Sí, vete. (Duda Manuel.) Anda, anda. (Sale Manuel por el foro.)

AME.—(Vacila y después se acerca a Anita.) Pero explícame lo que te pasa.

ANI.—Se ha ido, ¿verdad? (Tranquilizándose.)

AME.—Sí, ¿Qué quieres decirme?

ANI.—Nada, si no es nada. (Riendo.) ¡Si estoy más contenta! Ya ves, siendo Manuel mi marido, si no es para estar siempre muy alegre.

AME.—Claro que sí.

ANI.—Sí, sí. Pero es que....

AME.—Es que... vamos, tu quieres decirme algo, Anita; te lo conozco.

ANI.-Pues sí, quiero decirte una cosa.Ven siéntate aquí cerca; más cerca,mujer.

AME.—Vamos ¿estoy así bien? Explícate ahora.

ANI.—(Abrazándola.) Mira, es una cosa que aun no la he dicho a Manuel, porque... yo no sé si será verdad; aunque me figuro que sí. Vaya, si que lo es, si; sino que yo no quiero creerlo.

AME.—¿Y qué es? Vamos a ver.

ANI.—Quisiera que no me obligaras a decírtelo. Mira que es mucho cuento. Eres muy pesada. (Algo ofendida.) (Amelia echándose hacia atrás.)

AME.—(¡Dios mío! ¡Dios mío!) (Alto) ¡Anita! (mirándola fijamente.)

ANI.—Sí, eso mismo; ya veo que lo has adivinado. No le he dicho nada a Manuel, porque no estaba segura; y como sabía la alegria que iba a arle, sino hubiera sido verdad, qué desengaño... él y yo y todos y tú también. (Anita palmotea.)

AME.—(Moviendo la cabeza y a media voz.) Y yo también y yo también.

ANI.—Claro, como que tú no has tenido ninguno, y tanto que te hubiera gustado. !Qué alegría cuando le veamos correr!.. Porque será de todos; de todos, mujer; de todos; mío y tuyo y de Manuel y de Ramón. Figúrate cuando nos despertemos por la mañana Manuel y yo y le pongamos entre los dos abrazándole...

AME.—Sí, si, está bien, díselo, diselo a Manuel y verás que alegre se pone. (Con rabia.) Mira, más vale que hoy paséis el día los dos solos.

ANI.-¡Ah! No, no. Lo hemos de celebrar juntos, y tú me ayudarás a decírselo

AME.—¿Yo? No, eso si que no.

ANI.-Si es que meparece tan difícil empezar a decírselo.¡Es una cosa tan seria.

AME.—Bueno, bueno, no hablemos más de eso. Voy a buscar a Ramón y hoy no vendremos a comer.

ANI.—¿Como se entiende? ¿Y por qué?

AME.—Porque nosotros estorbamos aquí. Porque no nos corresponde tomar parte en esas cosas vuestras.

ANI.—¿Pero te he ofendido en algo? ¿Te has enfadado conmigo, Amelia?

AME.—¿Yo? (Riendo.) ¿Enfadarme por eso? ¡Y a mi queme importa! Como a ti y a Manuel no os importa nada de nosotros. El te quiere mucho... mucho...

ANI.—Si que me quiere. Y tendrá una alegría loca cuando lo sepa, porque siempre me lo ha dicho.

AME.—¿Qué es lo que te ha dicho?

ANI.—Que tener un hijo sería su mayor alegría.

AME.—¿Conque eso te ha dicho? (Con rabia.) ¿Conque eso te ha dicho, eh? ¿Y cuando te lo ha dicho? A ver: ¿Cuando te lo ha dicho?

ANI.-¿Pero cómo lo tomas? ¿Por qué te pones así? (Amelia se enjuga las lágrimas)

AME.—(Aparte) ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Y tanto como yo temía!

ANI.—¡Amelia! ¡Pero Amelia! ¡No te entiendo; créeme que no te entiendo!

AME.—(Fingiendo tranquilizarse.) Es claro... no me entiendes. Es tan extraño le que me pasa! Tienes razón, tienes razón. Me he sorprendido, porque yo no mo figuraba nada.

ANI.—!Oh!.. ¡Yo... te diré!..

AME.—(Fingiendo.) Si me alegro, mujer, si me alegro.Ya estoy tranquila, ¿ves?

ANI.—(Muy alegre.) Sí, sí. (Pausa.) Naturalmente que te ha de alegrar.

AME.—Bien, bien. (Pausa.)

ANI.—Y... y Ramón, Amelia, y Ramón...

AME.—(Con disgusto y repugnancia.) ¿Ramón? Pronto estará aquí.

ANI.—No; quiero decir que si también le causará extrañeza al saberlo.

AME.—(Con repugnancia.) No, no, a Ramón no. A Ramón... (Levantándose.)

ANI.—(Yendo tras ella.) Si vosotros no habéis tenido hijos... nosotros ya ves... Es que el Señor lo ha querido y... nose debe tener envidia de eso.

AME.—(Con emoción.) ¿Envidia? ¿Yo envidia? ¿Qué sabes tú, mujer? ¿Que sabes tú lo que ha pasado por aquí dentro? (Por su cabeza que coge entre sus manos.)

ANI.—(Riendo y abrazándola.) Pero como ya ha pasado...

AME.—(Con energía.) Sí.

ANI.—Y ahora no te irás ¿verdad? (Amelia aparta a Anita que la sujetaba.)

AME.—Ahora...

ANI.—Y se lo diremos juntas a Manuel ¿verdad?

AME.—(Con resolución enérgica.) Sí, tienes razón. Sí, sí, se lo diremos juntas. Se lo diremos, se lo diremos, se lo diremos. (Riendo nerviosamente.)

ANI.—Porque tú eres mi hermana mayor, y como no tenemos a nadie más en el mundo...

AME.—Sí, sí, ahora mismo se lo diremos.

ANI.—A mí me late el corazón solo al pensarlo. Siento una alegría que hace llorar. Tú no sabes lo que es eso, hija mía.

AME.--No. Yo no lo sé. (Retrocede porque cree haber oido a Manuel, dejando de reir.)

ANI.—¿Qué tienes?

AME.—Me parece que he oido a Manuel.

ANI—¿Sí? Pues chitón, y a ver si conseguimos que lo adivine. (Sentándose.)

AME.—Sí, sí, que lo adivine. (Se levanta y corre a la puerta como si quisiera irse.)

ANI.—¿Pero, dónde vas? (Amelia riendo y deteniéndose.)

AME.—No lo sé. Pero no me voy. Mira: me quedo. Me quedo. Me quedo. (Vuelve a sentarse. Anita va hacia la puerta por donde entra Manuel.)

MAN.—Ya estoy de vuelta. Ya veis que no he tardado mucho. (Trae un pliego.)

ANI.—Y nosotras te estábamos esperando. (Echándole los brazos al cuello.)

MAN.—Vaya, ya ha hablado Amelia. Ya se lo has dicho ¿eh?

AME.—No, no; yo no he dicho nada.

MAN.—¿Pero que ocurre, entonces? Por qué me recibe esta como si hiciera un

año que no me hubiera visto? (Fijándose que Anita se ha quedado seria y ha ido a sentarse al lado de Amelia.) ¡Y ahora se pone seria! ¡Chiquilla, que cosas tan raras haces hoy! (Rie.) Aquí traigo unos papeles que no te quería enseñar hasta después de comer... pero no puedo esperar. (Anita abrazando a Amelia y riendo.)

ANI.—Qué día más hermoso, ¿verdad Manuel? Hay una luz que deslumbra, que lo llena todo. (Mientras tanto Manuel sin mirarla, desdoblando la escritura.)

AME.—(A Anita.) ¿Y si se lo dijeses después tú sola?

ANI.—(A Amelia.) No, después no. Tiene que ser ahora.

MAN.—(Buscando un párrafo de la escritura.) Este es. Ya lo encontré. Lee aquí Anita (Riendo.)No puedes figurarte lo que es. (Anita cogiendo maquinalmente el pape.)

ANI.—Si es que nosotras...

MAN.—¿Que dice aquí? Lee.

ANI.—(Fija en su idea.) ¿Aquí? No sé. No veo nada. No quiero leer, vaya.

MAN.—Pero lee, mujer.

ANI.—No, no. No estoy para papeles. (Ríe extrañamente.)

MAN.—(Desconcertado.) No te entiendo, hija.

AME.—(Contenta de cambiar de conversación.) Manuel ha comprado algo que tú deseabas tener hace mucho tiempo.

ANI.—¿Sí? Bueno, gracias. (Aparte a Amelia.) Díselo tú, Amelia, díselo.

MAN.—Vamos. esta lo sabe todo y está divírtiéndose conmigo.

ANI.—(Aparte a Amelia.) Diselo, anda.

AME.—Pero, escucha, escncha. ¿No querias que Manuel comprase Fontijola?

ANI.—Ya lo creo.

MAN.—(Monstrando la escritura.) Pues aquí la tienes.

ANI.—¿Como es eso?

MAN.—Que es tuya Fontijola. Que ya podemos pasar allí el verano. Y que vendrá Amelia con nosotros,

ANI.—¡Ah! sí; no sabes cuanto me alegro.

MAN.-¿Pero no lo oyes, Amelia?Me alegro,me alegro.¡Con quéfrialdad lo dices!

ANI —No, no. Si estoy muy contenta, créeme, Manuel. (Palmoteando.) Y empezaremos las obras en seguida, en seguida. Pondremos barandillas en todas partes, porque el estanque es muy hondo, y Dios nos líbre... (Riendo.) ¿Eh, Amelia?

AME.—(Malhumorada.) Si, si. Tienen que hacerse muchas obras en aquellas ruinas. Yo no aprovecharía casi nada. Que no quede nada de lo que había.

MAN.—Eso no. Que no me quiten aquel balcón grande, donde tan bíen estuve. (Mirando con intención a Amelia. Anita mira tambien a Amelia.)

ANI.—Sobre todo que las barandillas tengan los hierros muy juntos. Ocurre tan fácilmente una desgracia.

AME.—(Con despego.) ¡Eh! Pues yo lo primero que quitaría es aquel balcón y hasta tapiaría el hueco.

MAN.—(Ofendido.) ¿Y por qué, Amelia? Quiero que me lo digas.

ANI.—Porque es peligroso, ¿estás? Tiene razón Amelia.

AME.—Ahora ya no será peligroso.

MAN.—¿Y por qué no lo será ya?

ANI.—Ahora lo será más que nunca. Mira tú.

AME.—Ahora no, ya no;

MAN.—Amelia, no te entíendo.

AME.—No será peligroso... Porque Manuel ya no te desamparará nunca. Anita. Y no temas, no; no se caerá al estanque.

ANI.—¡Ay! no, no. (Riendo, palmoteando y mirando a Amelia.)

AME.—(Con emoción creciente.) No le dejaréis ni un instante, le llevaréis siempre con vosotros y os lo comeréis a besos. (Se queda mirando fijamente a Manuel.)

MAN.—(A Anita ) ¿Qué? ¿Qué está diciendo Amelia?

ANI.—Si, si, nos lo comeremos a besos y a caricias. Será muy hermoso y se parecerá a tí, Manuel.

MAN.—¿Qué dices¿ ¿Es verdad? (Interrogando a Amelía con la mirada inútilmente y despnés a Anita.) ¿Un?... ¿Nuestro?... (Anita esconde la cabeza en el pecho de Amelia. Desde este momento Manuel y Anita so olviden completamente de Amelía.)

ANI.—Si, sí. Un hijo nuestro, Manuel.

MAN.—¡Un hijo nuestro! (Se arrojan el uno en brazos del otro.) ¡Anita! ¡Anita ¡Si

yo no sé lo que me pasa! Me vuelvo loco, loco de alegría. (Amelia se ha levantado furiosa y se ha ido al otro lado de la escena.) Tanto como lo he deseado siempre! ¡Tener un hijo! ¡Como querré yo a mi hijo! ¡Víviré para hacerle un hombre! Ven, Anita, ven. Sentémonos, sentémonos aquí. ¿Estas contenta, verdad? (Se han sentado.)

ANI.—Sí, si que lo estoy.

MAN.—¿Mucho, verdad, mucho?

ANI.—Muchísimo. ¿Como decirtelo? Y sé que ahora nos queremos más tú y yo, más cada dia.

MAN.—Si, Anita, si... Más; más cada dia... ¡Como no había de quererte yo a tí, a la madre de mi hijo! (Manuel besa repetidas veces la mano de Anita.)

ANI.—¡Qué dichosa soy! ¡qué dichosa!

AME.—(Aparte.) ¡Ah! Yo no puedo ver esto, no puedo verlo. (Huye.)

MAN.—¿Qué ha sido eso? ¿Quién estaba aquí?

ANI.—¡Ay, Manuel, que estaba Amelia!

MAN.—Es verdad; estaba Amelia.

ANI.—Y se ha ido sin decirnos una palabra. Se ha ido enfadada con nosotros.

MAN.--No, no lo creas. Si no que... Me había distraido. No me acordaba que estaba aquí con nosotros.

ANI.—¡Pero si ya se lo había dicho antes!

MAN.—Si, si. Bien hecho. Has hecho bien en decírselo. (Preocupado.) Sino que las mujeres... sois tan raras a veces...

ANI.—Y Amelia es más rara que todas... porque... Mira si lo es, que cuando lo supo se puso de un modo... hasta lloraba, créelo...

MAN.—Debe estar en algún rincón llorando todavia. Yo la traeré aquí. La voy a buscar. Verás sí yo... (Se detiene al ver entrar a Ramón por el foro.)

RAM.—Muy buenos dias

ANI.—¡Ah! es Ramón.

MAN.—Buenos días.

RAM.—Que los tengas muy felices.

MAN.—Gracias, Ramón, gracias.

ANI.—¿Y a mi no me dices nada?

RAM,—Claro que sí; a tí también, mujer.

ANI.—Anda Manuel, díselo.

MAN.—Tenemos grandes novedades en esta casa. Pero eso tiene que decirse con toda solemnidad. Ramón tengo el gusto de presentarte a la mujer que será madre de mi hijo.

RAM.—¡Ah! ¿Conque esas tenemos?

MAN.—¿Te figurabas que nos iba a pasar lo que a vosotros?

RAM.—¿Y Amelia está ya enterada?

MAN.—Anita se lo ha dicho!

ANI.—Si, pero tienes una mujer muy rara, Ramón, muy rara.

RAM.—¿Muy rara? ¿Por qué?

MAN.—Nada, cosas de estas.

ANI.—No, no; se lo quiero decir para que la riña; ¿habráse visto?

RAM.—A ver, di, di.

MAN.—Vaya, no se hable más de eso, Anita.

RAM.—Déjala que hable, hombre,

ANI.—Si vieras como se puso cuando lo ha sabido. Furiosa, créelo, furiosa.

RAM.—(Riendo.) ¿Si, eh? ¿Y qué dijo? ¿qué dijo?

MAN.—(Riendo.) ¡Cualquiera entiende a las mujeres! De seguro que ésta hubiera hecho lo mismo, si en vez de ser ella hubiera sido Amelia quien...

ANI.—(Interrumpiéndole.) No, eso no, Manuel; no digas eso. Yo no me hubiera enfadado así; porque bien claro ha dado a entender que no querría nada a nuestro pobrecito hijo. (Sigue riendo Ramón.)

MAN.—(Riendo a la fuerza.) No debe haber dicho eso, mujer.

ANI.—Si que lo ha dichó. Y no os riais más, porque me haréis enfadar y no está bien que hoy me enfade.

MAN.—Bueno, basta; dejemos eso.

RAM.—No, si yo me divierto con los quebraderos de cabeza de estas dos. Lo mismo es la una que la otra.

ANI.—Dale, bola. (Enfadándose.) ¿Pues yo no soy así, ves? Y la prueba es que yo no me hubiera opuesto como ella a que éste se casase conmigo.

MAN.—Si no se oponía, mujer.

RAM.—Nunca se opuso abiertamente. Fué que tú creiste que ella te tenía envidia, porque la gente decía que Manuel era más rico que yo.

ANI.—¿Que yo pensé que ella me tenía envidia? ¿yo? ¿yo? ¿Y que no es verdad que se opusiera a mi matrimonio? (Manuel se pasea inquieto no sabiendo qué hacer para desviar la conversación.) Mira si se oponía, que hasta llegó a decirme que antes de consentirlo, y esto nunca se lo he dicho a Manuel... que antes de consentirlo promovería un escándalo, y que lo sentiría por Ramón.

RAM.-¿Por mí? ¿Por qué, por mí? ¿A mí que me podía importar? Eso a ti, Anita.

MAN.—(A Ramón.) Es claro. ¿A tí que te importaba? Lo que tú querías lo mismo que Amelia, es que esta fuese feliz. Y como yo no tenía muy buena reputación en aquella época, Amelia temia que yo no fuese un buen marido.

RAM.—(Riendo con ironía.) Eso es, eso es. Tiene razón Manuel. Como siempre. El siempre tiene razón.

ANI.—Bueno, pues se acabó. Ahora lo que tú debes hacer, Manuel, es irla a buscar. Estará por allá dentro llorando.

MAN.—¿Yo? Anda tú. (Mortificado de que se lo haya dicho delante de Ramón.)

ANI.—Anda, ve. Entretanto charlaremos Ramón y yo. (Pausa.) Lo que yo quiero es que todos estemos hoy muy contentos. No me gustan los enfados, y menos entre nosotros cuatro. Por lo tanto se han de hacer las paces en el acto.

MAN.--Pero si esto no tiene importancia, ¿verdad, Ramón?

RAM.—Ninguna, absolutamente ninguna.

ANI.—(A Manuel.) Pues anda, ve.

MAN.—(Enfadado.) No, mujer, no.

ANI.—¿Temes que no le guste a Ramón? (Bromeando.) Mira, Ramón, si es tonto mi marido; cuando has entrado iba a buscar a Amelia para tranquilizarla.

RAM.—¿Y por qué no va? ¿No vas por mí? Anda, hombre, anda, ¿Te figuras que no me gusta que vayas a buscarla? (Riendo.)

MAN.—No, si no lo hago por tí, lo hago porque no vale la pena de que hablemos tanto de semejante cosa. (Contrariado y violento.)

ANI.—¿Cómo que no vale la pena de hablar de nuestro hijo?

RAM.—(Irónico.) Anda, Manuel, anda. A no ser que tengas celos de que me quede solo con Anita.

MAN.—(Riendo forzadamente.) ¡Hombre: dices hoy unas cosas! ¿Yo celos de tí?

RAM.—Es decir, que estás seguro de que Anita te quiere, y que me tienes por suficiente hombre de bien para no pretender... para no ser un canalla.

MAN.—Mira, Ramón, hoy todo el mundo está nervioso... o no sé lo que nos pasa a todos. Yo, créelo, hoy no pienso más que en la alegría que me ha dado Anita, y desearía... que hablásemos de otras cosas y...

RAM.—(Irónico.) ¿Me quieres hacer el favor de ir a buscar a mi mujer?

ANI.—Pero anda, hombre.

MAN.—Pues no, no voy. Y te ruego, Ramón, que dejes de hablar con ironía, porque nada te hemos hecho ni Anita ni yo para que... para que tanto Amelia como tú nos trateis de un modo tan extraño. Ella hace ún rato, y ahora tú. No parece sino que os ofendemos con tener un hijo. Y todo consiste, ya lo ha dicho Anita, en que sentís cierta envidia, porque como vosotros no habéis tenido hijos...

RAM.—(Levantándose de pronto enfadado.) Muy bien. Está muy bien. Tienes un marido, Anita, de un talento extraordinario. Pero conmigo no te vale, Manuel. (Colerico.) Que venga Amelia al momento.

ANI.—Sí, sí, por Dios, acabemos estas cuestiones y estas tonterías. Y que nunca se vuelva a hablar de este asunto.

RAM.—Ahora veréis como hago yo venir a Amelia. (Va a salir.)

ANI.—(Conteniéndole.) No, yo iré a buscarla.

AME.—(Aparentando serenidad.) ¿Qué me queréis?

ANI.—Nada, nada.

AME.—(A Anita.) Como te he oido decir que ibas a buscarme...

ANI.—Aquí tienes a Ramón.

AME.—(Como si no lo hubiera visto.) ¡Ah! Si.

RAM.—Pero hablemos de la novedad, hablemos. No parece sino que haya ocurrido una desgracia en esta casa, en vez de venir una fortuna.

AME.—Claro que es una fortuna. Dichosos ellos, ¿verdad, Ramón?

RAM.—¡Ya lo creo! ¿Veis como Amelia se alegra tanto como yo mismo?

MAN.—Todos nos alegramos, sí, todos.

ANI.—¡Ay, Amelia! No sabes el contento que me das con lo que me dices. Porque en medio de nuestra alegría teníamos una pena Manuel y yo...

MAN.—Pero, por Dios, no volvamos a lo mismo. (Amelia calla.)

RAM.—No, si ella no lo sabe. (Por Amelia.) Anita me estaba diciendo, y yo no lo creo, Amelia, ya te digo que no lo creo, que te habías puesto furiosa y hasta habías llorado al saber la noticia del niño.

AME.—(Negando.) ¿Yo?

MAN.—No, que te había sorprendido.

RAM.—¿Veis como no es verdad? ¿Veis como todo es cosa de Anita, que es algo cavilosa y mal pensada?

MAN.—(A Anita que va a replicar enfadada.) Déjale, mujer.

RAM.—(A Amelia.) Si hasta ha indicado que no querías que se casasen porque tú estabas enamorada de Manuel.

ANI.—(Admirada, negando.) ¿Yo he dicho eso?

MAN.—Anita no ha dicho eso.

RAM.—Y que tú, Amelia, le correspondías y le querías aún.

MAN.—¿Qué significan esas palabras?

AME.—(A Anita.) ¿Tú has dicho eso de mí?

ANI.—Yo no. Lo que yo pensé una vez y hasta se lo dije a Manuel...

MAN.—(Interrumpiéndola.) Vaya, no se hable más de esto. Parecemos locos.

RAM.—Dilo, Anita, dílo. (A Manuel.) Sino creeré quees una invención tuya.

MAN.—Pues yo digo que esto se ha acabado. Yo quiero que se acabe. Estoy en mi casa.

RAM.—En tu casa, si, y de tu mujer; ya lo sé. Pero yo quiero que hable Anita, que diga lo que iba a decir. Yo lo quiero por mi tranquilidad y por mi honor. Y si no la dejas hablar creerè que es verdad que tú...

AME.—(Interrumpiéndole.) ¡Por Dios, Ramón!

RAM.—(A Amelia.) Aparta.

MAN.—(Con osadía.) ¿Yo, qué?

ANI.—(Conteniéndole.) ¡Manuel! ¡Manuel! (Pausa general.) ¡Ay! Yo no entiendo lo que pasa.

RAM.—Que diga Anita lo que iba a decir. (Se consultan con la mirada Amelia y Manuel.)

MAN.—(A Anita.) Dilo.

AME.—Sí, sí, que hable.

ANI.—Pero sí no es nada. No es más que una cosa que a mí me causó mucha pena, pero que no tiene nada que ver con nosotros... sólo debia ser una mala vuluntad de alguien.

RAM.—Sí, sí, eso, eso.

MAN.—Dílo, dilo.

ANI.—Pues que el mismo día que llegó Ramón de América, yo le dije a Amelia que me gustaba Manuel, (A Amelia.) y tú me dijiste que no me acordara más de él porque Manuel quería a una señora casada.

AME.—No te dije que fuera casada. (Manuel y Amelia se han mirado rápidamente.)

RAM.—Ella, ella. (Para que dejen hablar a Anita.)

ANI.—Y que para Manuel aquella señora era la ilusión de toda su vida. Y que no deiaria de amarla nunca. (Ríe Amelia.)

MAN.—(Muy serio.) ¡Mira con qué cosas sale esta ahora!

RAM.—Y es claro que no te diría quien era aquella señora casada.

ANI.—No me lo quiso decir. Y yo por el momento tomé una ojeriza muy grande a Manuel...

MAN.—(A Ramón con osadía.) Bueno, ya lo ha dicho, ¿qué más?

RAM.—(Violento.) Que ahora yo le pregunto a mi mujer cual es el secreto que hay entre ella y tú.

AME.—(Iuterrumpiéndole.) ¿Secreto?

MAN.—(Casi al mismo tiempo.) No hay tal secreto.

RAM.—Quiero saber el nombre de esa señora casada que vosotros dos sabéis. Que se me diga a mi también.

MAN.—(Rápidamente.) Pues no lo diré.

AME.—(Al mismo tiempo.) No hay tal señora. (Ramónda una carcajada.) No, si yo quise decir...

MAN.—(Casi al mismo tiempo.) Si no me has entendido.

RAM.—¡Cuanto bien ha hecho este niño al venir al mundo! Ya veis, antes de nacer hizo más bien que muchas personas hacen en toda su vida.

AME.—(A Ramón.) ¿Te has vuelto loco?

ANI.—¿Qué pasa, Manuel?

RAM.—Pasa que se han de poner de acuerdo estos dos. Parece mentira. Tan de acuerdo como han estado siempre y ahora no pueden estarlo.

AME.—¡Por el amor de Dios, Ramón! (Tratando de tranquilizarle.)

MAN.-A Anita que insiste en darse cuenta de lo que pasa.) No, si no es nada, mujer.

ANT.—Aquí están los señoras de Morera. (Desde la puerta del foro izquierda.)

MAN.—Que no pasen. (Se les oye conversar.) Ve, Anita, y que no entren.

ANI.—Es que yo quisiera...

MAN.--Anda, anda, entretenlos. (La empuja afuera rápidamente cerrando la puerta.)

RAM.—(Paseando entretanto.) ¡Infames! ¡Infames! (A media voz.)

AME.—¡Ramón, escucha! (Ramón ha entornado también la otra puerta del foro.)

RAM.--(A Amelia.) No, no.

AME.—¡No grites. por la pobre Anita!

RAM.—¡Por la pobre Anita! Porque no se entere ella a quien engañáis los dos, ¡miserables! ¡Y yo... yo no importa! ¡A mí, ya estáis acostumbrados a engañarme!

AME.—Escucha...

RAM.—(Cogiéndola por un brazo.) Eres una mala mujer.

AME.—¡Ah! (Dando un grito sofocado.)

MAN.—¡Ramón, déjala!

RAM.-¿Qué quieres tú?¿Qué te importa a ti si yo quisiera matarla ahora mismo?

MAN.—(Con energía.) Esta mujer es honrada.

AME.—(Para que no griten.) Por Dios, Anita...

RAM.—¡Ira de Dios! ¿qué es honrada esta mujer? ¿Qué tú no la has deseado para tí? ¿Qué tú no la has perseguido? ¿Qué tú no has sacrificado por ella hasta la misma Anita?

MAN.—Sueñas, Ramón, sueñas.

RAM.—Pues por ese hijo, por tu hijo, ¡júralo, júralo!

AME.—Si, sí; lo juro.

RAM.—Tú no. Tú querrías ver muerta esta criatura que no es tuya ¡El, él! ¡Jura que no has querido más a Amelia que a Anita! ¡Júralo! Y si no es cierto, que se muera antes de nacer ese hijo tuyo.

MAN.—Estás loco.

RAM.—¡No lo juras, no lo juras!

AME.—(Aparte.) ¡Me quiere, me quiere!

RAM.—¡Infame! ¡ladrón! ¡infame!

MAN.—No se pueden jurar esas cosas. (Ramón ríe con fuerza.)

AME.—(¡No lo jura, no lo jura!) (Nótase la satisfacción que experimenta Amelia.)

RAM.—(A Manuel.) Ahí está, mírala, mírala ¡cómo se alegra de que no jures! (Levantando una silla para arrojarla a Amelia.)

AME.—¡Ah! (Quiere huir y cae arrodillada.)

RAM.—¡No te mato, no! Te dejo para que te consumas. (A Manuel empujándole donde está Amelia.) Ahí la tienes. ¡Tómala, infame! Yo te la entrego. ¡Hártate, hártate! ¡Qué asco! ¡Qué asco! (Abre la puerta del foro de un golpe y se va repitiendo: ¡Hártate! ¡Hártate! Amelia y Manuel se apartan uno del otro horrorizados.)

## ACTO TERCERO

Habitación de la quinta de Manuel y Anita en Fontijola. En el foro, balcón grande con vistas sobre un estanque. A la derecha de la escena, una puerta cubierta por una cortina. Mesa a la derecha en donde habrá un quinqué encendido. Por el balcón se vé el resplandor de la luna, que a intervalos aparece y desaparece.) Marcelina y Antonia.

MAR.—(Sale del cuarto de la derecha. Antonia saldrá después por la primera puerta

la izquierda.) ¡Antonia! (Llamando a media voz. Pausa.) ¡Antonia! Ha pasado la hora; ¿qué hace esa mujer? ¡Antonia! (Mirando un reloj que estará sobre la mesa.)

ANT.—(Desde dentro.) ¡Ya voy, ya voy! (Aparece trayendo un plato y una taza.)

MAR.—Mandaron que se le diera la medicina a las nueve en punto, mujer.

ANT.—La estaba enfriando un poco.

MAR.—Es que son más de las nueve y cuarto.

ANT.—Ahora estará bien.

MAR.—¡Un cuarto de hora para enfriarla! parece mentira.

ANT.—Ya está, señorita, ya está.

MAR.—En mi casa no pasaría esto. Deme usted; yo se la llevaré. (Quitándole la taza) Es usted capaz de echársela encima. Como que estaría usted dormida. Ya se ha vertido en el plato. Claro, como les consienten a ustedes todo. (Sale.)

ANT.—¿Quién la mete a esta señora donde no la llaman? ¿Qué pito toca en esta casa? Si yo mandase, ya vería la muy entrometida.

CEC.—(Entrando.) ¿Cómo está Anita? ¿Cómo está?

ANT.—¡Ah! ¡Doña Cecilia! Muy bien... Ahora parece que está mejor. Nos han dicho que le conviene mucha quietud a la pobre señorita.

CEC.—Y Manuel, ¿dónde está?

ANT.—¡Oh! el señorito no se separa de la cabecera de la cama. No se ha movido más que para comer; ahora ha salido para cenar. Claro, está trastornado. Como esto ha sucedido de un modo tan inesperado. ¡Qué se le ha de hacer! Voluntad de Dios ha sido que este niño no viniera al mundo. Y el señorito está de un modo... no come nada...

CEC.—Bueno, bueno.

MAR.—(Saliendo por la derecha.) Usted había de ser quien gritase de ese modo; se oye todo desde allá dentro.

CEC.—¿Pero por qué no sale Manuel de cuando en cuando? Ese hombre va a ponerse enfermo.

MAR.—Dice que ahora saldrá. Acabamos de darle la medicina; ya no tiene que tomar nada hasta las once.

ANT.—Si no mandan otra cosa...

MAR.—Sí, váyase usted y prepáreme algo para cenar; estoy desfallecida.

ANT.—En seguida estará, señorita.

MAR.—(A Cecilia). ¿Y Estanislao?

CEC.—Se ha quedado allá fuera arreglando el caballo; hemos venido en quince minutos.

MAR.—Creo que tendré que quedarme a velar esta noche. Aunque Anita está más tranquila.

CEC.—Ya puedes cuidar bien a la pobrecilla, porque tú tienes la culpa de esta desgracia.

MAR.—No lo creas, Cecilia, no lo creas.

CEC.—Sí, mujer, sí; y procura que Manuel no lo sepa, porque no nos lo perdonaría nunca.

MAR.—¿Supongo no le habrás dicho una palabra a Estanislao?

CEC.—¿Yo? ¡Dios me libre, hija!

MAR.—¿Quién se había de figurar que no lo supiera!

CEC.—Como que al día siguiente Manuel la sacó de Barcelona y no ha vuelto a ver a Amelia.

MAR.—Pero si no puede ser que no lo haya adivinado o se lo haya dicho alguien. En tres meses, mujer, en tres meses que han pasado...

CEC.—¿Y quién querías que se lo dijera? Nosotras sólo hace ocho días que estamos aquí... y no ha venido a Fontijola nadie más de Barcelona.

MAR.—Pues bien debía saber Anita que Ramón ha abandonado a su hermana.

CEC.—Creía, y así nos lo dijo, que había vuelto a América por cuestiones de negocio.

MAR.—El día del santo de Manuel, con aquel escándalo tan grande... Y Anita por fuerza debía darse cuenta de lo que pasaba.

CEC.-Es que Manuel hizo creer a Anita que todo había sido envidia de Amelia, porque como ella no tiene hijos... También nos lo ha dicho la misma Anita, mujer.

MAR.—¿Y por envidia se daban aquellos gritos y habían aquellos desmayos?

¡Oh! Y después de habernos invitado a comer, se nos ponía de patitas en la calle... Lo que es tú y Anita... vaya un par...

Cec.—Lo que tú quieres es quitarte de la conciencia este remordimiento. Porque, hija, el disgusto que has dado a esa criatura contándole lo que sabes y lo que no sabes de Amelia y de Manuel, no tiene perdón de Dios, créelo.

Mar.—Sí, lo creo. ¿Y por eso ha venido la novedad antes de tiempo, verdad?

Cec.—Sí, por eso; bien lo sabes. Hasta el médico ha preguntado si habían dado algún disgusto a Anita.

Mar.—Pura curiosidad del médico a quien se lo habrá hecho preguntar su mujer que es una fisgona. Lo que debéis hacer tú y Estanislao, es volver a enganchar la tartana, sin esperarme a mí; yo me quedaré aquí esta noche. ¿No es verdad Manuel? (A Manuel que sale por la derecha).

Man.—No, Marcelina; no hay necesidad que usted se quede. Anita está descansando y el médico ha dicho que sólo necesita tranquilidad.

Mar.—Si es que no hago ningún sacrificio quedándome, Manuel.

Man.—Ya lo sé, ya, Marcelina.

Cec.—Si fuera necesario también nos quedaríamos Estanislao y yo. Ya sabe usted que nosotros...

Man.—Estoy convencido de ello.

Est.—(Por la izquierda). Hola, hola, muchacho: ya sé que Anita está mejor.

Man.—Sí, sí, sigue bien. Aunque sólo relativamente, según nos ha dicho el médico.

Est.—Vaya, tanto mejor, tanto mejor. Nada, Manuel, tranquilízate, que peor hubiera sido que Anita al perder al niño se nos hubiera ido tras él.

Cec.—Está claro, los hijos... (Marcelina entretanto arregla los muebles de la sala).

Man.—Qué quieren ustedes que les diga. Me había acostumbrado tanto a la idea de tener un hijo, que esta desgracia me anonada. Lo confieso y... lo encontraréis raro, porque yo también lo encuentro, pero creo que no hubiera sentido más la pérdida de Anita que la de esa pobre criatura que ni he llegado a conocer.

Est.—¿Pero cómo ha podido ocurrir esta desgracia? Porque cuando llegamos nosotros el otro día, Anita estaba tan buena, tan contenta.

Man.—Sí, buena y contenta estaba hasta ayer mismo.

Cec.—Nada, Manuel, nada, que no estaba de Dios; eso es todo.

Man.—¿Qué horas hemos pasado ayer! Si la hubiéris visto llorar toda la noche! como si la hubiesen dado a la infeliz un gran disgusto; y a mis preguntas contestaba siempre que no tenía nada, que nada le dolía... pobrecilla!

Est.—Vaya, vaya, chico... Quién nos lo había de decir entonces, hace cerca de dos años, cuando veníamos a merendar aquí, en medio de ruinas y paredones que... que andando el tiempo habíamos de encontrarnos para... (Sin saber qué decir). para darte el pésame.

Cec.—¡Qué razón tienes!

Man.—¡Bien puedes decirlo, Estanislao! Entonces todo eran alegrías y esperanzas. (Levantándose). (Aunque eran otras esperanzas).

Est.—Bueno, hombre, bueno. Mira, procura distraerte. (Abrazándole).

Man.—Sí, Estanislao, sí; ¡abrázame, abrázame!

Ant.—(Por la primera izquierda). Cuando la señorita quiera cenar...

Mar.—¡Ah! sí, voy a tomar algo, Manuel.

Man.—Sí, sí, vaya usted. Y usted perdone que no le haya dicho nada; estaba distraído; vaya usted también, Cecilia.

Cec.—Yo ya he cenado; iré a hacerla compañía.

Mar.—(A Cecilia). ¿Ves como Anita no le ha dicho nada a Manuel?

Cec.—Ya lo veo.

Mar.—Por el amor de Dios, no digas nada a Estanislao. (Salen por la izquierda).

Man.—Sí, Estanislao, sí. He pasado unas angustias...

Est.—Pues ya ves que lo de Anita no ha sido nada.

Man.—Sí ha sido, sí. El mismo médico dijo que estaba muy grave. Si no hubiese sido así yo no hubiera telegrafiado a Amelia. Pero ponte en mi lugar; sabiendo que podía morirse de un momento a otro...

Est.—Psh... Qué quieres que te diga... Pero es natural: como tú en los primeros momentos no sabías lo que hacías...

MAN.—¡Oh!... Ellas al fin y al cabo son hermanas... Lo que siento ahora es haber puesto el telegrama tan alarmante. Pero cuando el médico me dijo que e peligro momentáneo había desaparecido, le he mandado inmediatamente otro telegrama participándoselo.

EST.—Yo quise aconsejarte que no pusieras el telegrama en aquella forma, pero un hombre...

MAN.—¿Y por qué no me lo dijiste, Estanislao? Ya sabes la confianza que en tí tengo.

EST.—Te digo esto, porque con el primer telegrama te expones a que Amelia... es decir, te expones... perdona, chico.

MAN.—Tienes razón, sí, sí. No me gustaría que viniese ahora.

EST.—Eso, allá vosotros.

MAN.—Mira, hazme el favor de poner tú otro telegrama diciéndola de un modo muy terminante que no quiero que venga.

EST.—Lo haré, lo haré. Y con mucho gusto, puedes creerlo.

MAN.—(Confidencialmente.) Pues mira... Anita no ha llegado a creer en las sospechas de Ramón. Por eso tuve yo gran cuidado de sacarla cuanto antes de Barcelona. Desde el escándalo no ha visto de Barcelona más que a vosotros.

EST.—Fué excelente plan el tuyo.

MAN.—Por su parte Amelia no ha dado en todo este tiempo un solo paso para vernos.

EST.—Es natural. No faltaba más sino que después del rompimiento de Ramón con ella...

MAN.—Además, yo sé que vive muy retirada, y que nada le falta.

EST.—La verdad, Manuel, me disgusta oirte hablar de esto como de la cosa más natural del mundo; hay que creer que estabas loco. Porque estando en tu sano juicio no podías haber querido a Amelia. Yo, Manuel, siempre te tuve por un hombre honrado, y enamorarte de una mujer casada...

MAN.—Tu eres como Anita, Estanislao; solo veis el lado bueno de los hombres. Yo sé como el que más lo que es ser digno, pero de eso a serlo... Mira, hoy siento la necesidad de abrir el corazón a alguien, y a nadie mejor que a tí, que eres mi mejor amigo.

EST.—Si es que no quiero saber nada de secretos ajenos, Manuel, ni debes comunicarlos a nadie, ni aun a tí mismo.

MAN.—Sí, sí, porque debo deshacer una calumnia; porque quiero que sepas que yo no he sido nunca el amante de Amelia, amante como lo son los amantes de carne y hueso. Yo la he querido a ella, ella me ha querido a mí, sin que nunca, nunca, haya sido mía.

EST.—¿Y la quisiste de soltera tú?

MAN.—No la conocí soltera, ¡ojalá! ¡Casada sí, casada!

EST.-Y no has querido hacerla tu amante por respeto a...(Señala el cuarto de Anita.)

MAN. —No, no es eso. No ha sido mi amante, primero porque cuando estaba a punto de serlo, llegó Ramón de América; y después, cuando seguramente lo hubiera sido, se interpuso entre nosotros la existencia de esa criatura que Dios no ha querido dejarme para que fuera mi dicha y mi tranquilidad para siempre. ¡Dios lo ha querido!

EST,—Dices eso de un modo, Manuel, como si tuvieras mala voluntad a Anita, porque no te ha dado ese hijo.

MAN.—¡Mala voluntad! ¡Pobre niña! ¡Bah!... ya ha pasado todo. Amelia no debe ya sentir nada por mí, ni yo debo sentir nada por ella. (Con cierto entusiasmo creciente.) ¡Créelo, Estanislao, créelo que nos queríamos! ¡Tú no sabes lo que es quererse como nosotros nos queríamos! Te figuras que es un cariño muy hondo el que tu sientes por Cecilia y yo por Anita. Es... era otra cosa el cariño de Amelia y el mío, fué un deseo de todas las horas, de siempre, de noche, de día, de...

EST.—(Interrumpiéndole.) ¿Pero por qué lo recuerdas ahora?

MAN.—(Cambiando de entonación.) Si es que eso era antes, antes... y pensar que hasta ayer yo me decía: ahora a hacer muy feliz a Anita, con una felicidad tranquila; nuestro hijito tan pronto en los brazos de ella como en los míos... aquí, corriendo por esta sala... (Volviendo a la misma idea sin darse cuenta de ello.) Por esta

sala misma, Estanislao, donde tantas veces nos hemos dicho Amelia y yo que nos queríamos. Mira, en ese mismo balcón mirando esa agua...

EST.—Bueno, bueno; no hablemos más de eso y ni vuelvas a recordarlo nunca.

MAN.—Es verdad. Tienes razón.

EST.—¿Me prometes no acordarte más de todas estas cosas?

MAN.—Sí, hombre, sí, te lo prometo. Espera... voy a ver cómo está Anita. (Levanta la cortina de la puerta de la derecha, mira hacia dentro y vuelve.) Duerme muy tranquila. Si hasta me parece que no es la misma de antes. (Muy bajo.) ¡Qué al perder mi hijo, he perdido parte del afecto que la tenía! ¿qué raro soy, verdad?

EST.—No, si es que hoy estás... Oye, oye. ¿No le extraña a Anita no haber visto más a Amelia?

MAN.—No, porque dice siempre que su hermana es muy rara, y que sentía envidia por lo del niño; y yo por mi parte he ayudado a que así lo creyera.

EST.—¡Chist! Cecilia y Marcelina.

MAR.—¿Cómo está Anita? ¿Se ha despertado?

MAN.—No; ahora duerme muy tranquila.

CEC.—Eso es lo que le conviene, mucho descanso.

EST.—Bueno, pero vamos a determinar lo que se ha de hacer. (A Manuel.) Tú dirás si nos quedamos alguno.

MAN.—No hay necesidad. Ella misma me ha dicho que no quiere que se queden ustedes. La pobrecilla en todo piensa.

MAR.—¿Ella misma se lo ha dicho a usted, Manuel?

MAN.—Si, pero me ha encargado que no dijera a ustedes que era cosa de ella.

EST.—Más vale asi, que no nos necesite.

CEC.—(A Marcelina.) ¡Qué rencorosa!

MAR.—(A Cecilia.) ¡Cá! Ni tan siquiera se acuerda.

MAN.—Yo la quiero velar; esta noche me toca a mí, Estanislao.

EST.—Haces muy bien, chico. Voy a enganchar la tartana.

MAN.—(Acompañándole hasta la puerta.) Oye: el telegrama para Amelia no lo pongas muy seco, ¿eh? (Estanislao se le queda mirando.) ¡La pobre es tan desgraciada por culpa mía!

EST.—Bueno, bueno, como tú quieras. (Saliendo y aparte.) (Ya haré yo que ella no venga) (Marcelina y Cecilia se arreglan para salir.)

MAR.—No la diremos nada, ¿verdad?

MAN.—Mejor será.

CEC.—Mañana estará mejor y entonces...

MAR.—(Llamando.) ¡Antonia! ¡Antonia! (A Manuel.) Quiero decirla que a las once le toca la medicina.

MAN.—Ya me acuerdo, ya; gracias.

ANT.—(Por la puerta primera izquierda.) ¿Llamaban ustedes?

MAR.—No le dé usted la medicina muy caliente; la última vez estaba hirviendo.

CEC.—(A Manuel que le ayuda a ponerse el abrigo.) Gracias, Manuel, gracias.

MAN.—Por las noches aun hace fresco.

CEC.—Tiene usted razón.

MAN.—No te marches de aqui, Antonia. (Van saliendo todos.)

ANT.—Que la medicina estaba hirviendo ¡Qué sabe ella! En todo se ha de meter... Y siempre preguntando; parece que la está confesando a una.

MAN.—¡Vaya, ya estoy solo! (Con satisfacción.) (A Antonia.) Ahora me dejas la medicina cerca del fuego y puedes acostarte, que yo me cuidaré de todo.

ANT.—Es que la señorita Marcelina me habia encargado que no nos acostemos por si se necesitaba...

MAN.—Si se necesita algo, llamaré. Espera, espera a ver si quiere algo la señorita. (Entra en el cuarto de Anita.)

ANT.—Hasta se ha metido a arreglar las sillas. ¡Qué sabe ella, qué sabe ella la muy entremetida! (Arregla las sillas de otro modo.) Antes que servirla a ella preferiría... (Manuel sale por la puerta de la derecha con un libro y una luz apagada.)

MAN.—No quiere nada. (Dándole la luz.) Pónle aceite; déjala arreglada por si acaso.

ANT.—En seguida la traigo.

MAN.—(Toma un cigarro, va a encenderlo y se detiene.)No sé si el humo... (Mira ha- cia el cuarto de Anita. Deja el cigarro; lo vuelve a coger; enciendeun fósforo y con él el cigarro. Duda, fuma, y al ver el humo en el aire lo deshace con lamano. Después apaga el cigarro y lo tira.) Ahora si que nos iremos de esta casa; porque sin ninguna esperanza, esto se me va a caer encima.

ANT.—(Entrando.( ¡Ay, señorito! ha llegado un coche con una señora.

MAN.—¿Qué? ¿Què ha llegado una señora? ¿Quién dices que ha llegado?

ANT.—Marieta le abrió la puerta mientras yo estaba aquí con usted.

MAN.—¡Una señora!... ¡No puede ser ella! (Vase a la segunda puerta y mira.) ¡Amelia! (Retrocede.) ¡Dios mío, Amelia aqui!

AME.—(Entrando rápidamente muy emocionada.) Manuel, ¿cómo está Anita? ¿Ha muerto? ¡Dímelo, dímelo! ¡No me engañes, Manuel!

MAN.—No, mujer, no.

AME.—Déjame que la vea.

MAN.—Tranquilízate antes.

AME.—(Llorando.) ¡Hermana mía! ¡Hermana de mi alma! ¡Anita! ¡Yo la quiero ver, Manuel; yo la quiero ver!

MAN.—Ya la verás; te digo que la verás.

AME.—Si es que yo he causado su desgracia, yo, yo sola, yo que he sido para ella la mujer más mala del mundo. ¿Dónde está Anita? ¿Dónde está?

MAN.—Ahora descansa y se encuentra un poco mejor, pero no llores.

AME.—¡Si es que tu telegrama me ha asustado tanto!...

MAN.—Pero después te mandé otro para tranquilizarte, diciendo que ya no existía el peligro de antes.

AME.—Pues no le he recibido; llegaría después que salí.

MAN.—Eso debe haber sido, eso. (No sabiendo de qué hablar y preocupado.) Los telegramas siempre llegan tarde.

ANT.—(Entrando.) Aquí traigo la luz arreglada.

MAN.—Ah, sí, déjala ahí encima.

ANT.—¿Quiere el señorito que la entre yo?

MAN.—(Malhumorado.) No, mujer; te he dicho que la dejes ahí encima.

ANT.—uerta.) El cochero pregunta si mañana tiene que volver por la señorita.

MAN.—(Con cierto despego.) ¿Oyes, Amelia?

AME.—¡Manuel! ¡Manuel! (Manuel calla y se aparta como si no la oyera.) ¿Y sí me volviese ahora mismo?

MAN.—¿Ahora? ¿qué dices, pues si acabas de llegar?

AME.—Escucha. (Aparte a Manuel.) ¿Qué piensa de mí Auita? Dime la verdad.

MAN.—(A Amelia.) Nada, nada absolutamente. Te cree celosa por lo del niño...

AME.—Díga usted al cochero que vuelva a buscarme... (Mira a Manuel que se ha vuelto de espaldas.)mañana a primera hora; es decir, esta madrugada.

MAN.—(Fingiendo siempre indiferencia.) ¿Tan pronto te vas?

AME.—Vaya usted, vaya. (Sale Antonia.)

MAN.—Haz lo que gustes. No quiero que te quedes a la fuerza.

AME.—(Sonriendo a la fuerza tristemente.) ¿No te enfadarás, Manuel, si me quito el sombrero y el abrigo?

MAN.—¡Ah! Dispensa, tienes razón. Con las angustias de hoy, no sé lo que hago, ni lo que digo. (Va a ayudarla y retrocede.) ¿Quieres que llame a Antonia?

AME.—¿Para qué?

MAN.—Por si te hace falta algo. Y para que arregle tu cuarto, porque debes estar muy cansada. (Llamando.) ¡Antonia!

AME.—No la llames.

MAN.—Debías descansar...

AME.—Manuel: por favor no me trates de ese modo. ¡Qué vaya a descansar! ¿A qué he venido yo a esta casa? Aun no me has dieho que vaya a ver a Anita. Y me habias avisado que estaba muriéndose. Crees tú que yo no quiero a Anita, que yo no la he querido siempre más que... (Quiere decir más que él.)

MAN.—Sí, sí, tienes razón. Si yo quiero que la veas. Pero es que la pobre está tan delicada, que la más pequeña emoción puede matarla. ¿Me entiendes? Está aquí mismo... puede oirnos, ¿me entiendes, Amelia? ¿me entiendes?

AME.—Si que te entiendo, sí. Y no me ofendas otra vez hablándome de esa

manera. (Con desprecio.) ¿Qué has llegado a figurarte? Yo he venido aquí por ella, por nadie más que por ella.

MAN.—Sí, sí, perdóname... no sé decirte más sino que me perdones.

AME.—Entra, entra tú a ver a Anita y avísala con todas las precauciones que quieras que yo estoy aquí. Verás que alegría tan grande tiene.

MAN.—Sí, ya sé que le daré una gran alegría, y hasta sé que no querrá que te marches mañana.

AME.—No, no tengas cuidado; me iré esta madrugada misma. Anda, anda.

MAN.—Espera. Llevaré la luz, porque cuando está sola no quiere claridad en el cuarto. (Ha encendido la luz.)

AME.—Sí, si, por Dios no tardes, Manuel.

MAN.—En seguida, en seguida vuelvo.

AME.—(Se queda pensativa mirando impaciente hacia el cuarto de Anita. Después mira alrededor.) ¡Fontijola! ¡Fontijola! (Se levanta.) ¡Ya estoy en Fontijola! (Pausa larga.) ¡Aquella Fontijola! (Después de meditar un rato se pasa la mano por la frente como si quisiera apartar un mal pensamiento. Después llama.) ¡Antonia! ¡Antonia! ¡Antonia!

ANT.—¡Señorita!

AME.-Corra usted y diga al cochero que no se mueva, que me voy ahora mismo.

ANT.—Anda, pues ya se fué. Como ustedes me han dicho que hasta mañana temprano... (Manuel sale del cuarto de Anita sin hacer ruido.)

MAN.—Antonia, trae la medicina.

ANT.—Ya la tengo preparada. (Sale.)

AME.—¿Qué te ha dicho? ¿qué te ha dicho?

MAN.—Aún no le he dicho nada. Es mejor que tome antes la medicina. Está muy débil, muy débil. No te impacientes, Amelia. (Viendo a Antonia.) ¡Ah! dame. Yo se la doy siempre. No quiere la pobre que se la dé nadie más que yo. (Entra.)

ANT.—Y usted, señorita ¿no quiere nada? Como ha hecho usted un viaje tan largo... (No sigue porque Amelia no le responde, como si no la oyese. Antonia la contempla extrañada. Amelia va hacia el balcón quedando apoyada en el quicio del hueco.) Si no me necesita usted para nada, me iré a descansar. (Amelia solloza sin oirla. Se adelanta para mirar el agua y retrocede al cabo de un momento.) No lo entiendo, debe tener muchas penas. (Vase. Amelia, al oir que vuelve Manuel, se enjuga rápidamente los ojos.)

MAN.— Ya sabe que estás aquí.

AME.—¿Y que te ha dicho?

MAN.—Se ha echado a llorar... de alegría, es claro.

AME.—Pobre Anita, ¡me quiere tanto! Y yo... parece mentira.)

MAN.—Espera un poco... No entres todavía... Espera un poco que se serene... Mira, voy a decirte... pero no te enfades, ¿eh?... Me ha dicho que no entres.

AME.—¡Anita! ¿Qué dices? ¿Qué yo no entre?

MAN.—Tiene miedo de llorar demasiado. Ya ves con la desgracia del niño...

AME.—Sí, sí, es claro. (Después mirándole rápidamente con fijeza.) ¿Y tú?

MAN.—¿Yo? También lo he sentido mucho, porque... (Pausa. Quedan mirándose De pronto dice él para romper aquel extaño silencio.) Mira, no la hables mucho y vé con cuidado porque todo está muy oscuro; se ha empeñado en que apague la luz.

AME.—Ya voy con cuidado, ya voy con cuidado. (Levanta la cortina.)

MAN.—(Volviendo al centro de la escena mirando el reloj.) Aun faltan más de seis horas para que amanezca. (Se sienta y hojea un libro con impaciencia. Después lo deja, mira hacia el cuarto acercándose a la puerta, y vuelve a hojear el libro. Amelia sale.)

AME.—No me ha dicho nada. Había vuelto a dormirse. La he llamado en voz muy baja; no responde; no la he querido despertar. La he dado muy callandito un beso; ya volveré a entrar más tarde.

MAN.—Has hecho muy bien.

AME.—Ahora ya estoy más tranquila porque la he visto.

MAN.—Siéntate, sientate. (Amelia se sienta lejos de la mesa en que está el libro que Manuel ha dejado abierto. Manuel se pasea inquieto.)

AME.-Ahora tú lo que debías hacer es irte a acostar; yo me quedaré velandola.

MAN.—No, no; porque yo sé lo que ella necesita y además extrañaría no verme. (Pausa.) Yo si que te pediría si no te enfadaras, que te fueses a descansar. (Amelia sonrie.) Y cuando ella se despierte te llamaré.

AME.—No me llamarias, Manuel.

MAN.—Si te llamaré, mujer, sí

AME.—No me llamarías. (Manuel va a acercarse a ella para insistir, pero retrocede.) Sabes lo que debemos hacer? (Con tristeza.) Que no me hagas caso, que no me ables, como si yo no estuviera en esta casá, y que cada uno haga lo quequiera.

MAN.—Bueno, está bien. Mira, yo me pongo a leer. ¿Quieres tú un líbro? Quieres este? Toma. Yo cogeré otrò.

AME.—Sí, dame.

MAN.-Siéntate aquí. (Le cede la silla y sentándose al otrolado de la mesa.) ¿Ves bien?

AME.—Ya lo creo. (Lee.)

MAN.—La verdad es que ni sé lo que leia. Lo menos habré empezado veinte eces ese libro. (Ella hojea el libro El ha cogido una pluma y rasguea distraido.) Al cabo : un rato se oye cantar un ruiseñor. Levantan ambos los ojosy se quedan mirando fijamente.

MAN.—¡Un ruiseñor!

AME.—Sí; no hagas ruido.

MAN —Ahora se oye otro. Sí, si, este no es el mismo,

AME.—Este canta mejor. Este me gusta más.

MAN.—A mí también. ¡Qué canto más hermoso! ¿Qué alegres estan, verdad? Qué felices deben ser!

AME.—¡Oh! ¡Felices! ¡Quién sabe si serán felices! (Se miran los dos fijamente.)

MAN.—Ahora ya no cantan.

AME.—No, ya no se oye nada. (Siguen mirándose con insistencia. Amelia suspira ıavemente, Manuel lo nota y se levanta de pronto para romper esta situación.)

MAN.—Me ha parecido que Anita... (Entra en el cuarto.)

AME.—(Queda mirando el sitio que Manuel ocupaba.) No, no se les oye cantar. 'a hacia el balcón y se inclina para mojar las manos.) ¡Oh! ¡esta agua! ¡esta agua!(Saca s manos chorreando y se moja con ellas las mejillas.) ¡Qué fresca está, qué fresca!

MAN.—Duerme y respira muy bien. (No viendo a Amelia.) ¿Amelia? ¿Donde es-ıs, Amelia?

AME.—Aquí estoy. Queria volver a oirlos, y creo que los he asustado. ¡Siem-·e he de hacer yo daño a los demás, siempre, Manuel!

MAN.—¡No digas eso, Amelia; no digas eso! ¿Pero qué has hecho? Tienes las anos mojadas.

AME.—Si; las he metido en el agua del estanque.

MAN.—Espérate; te las enjugarás.(Buscando con la vista algo con que poder secar.)

AME.—No; con el calor que hace no importa. Ya veo que has dejado el balcón omo estaba. Es extraño que haya quedado ígual.

MAN.—Es que he tenido empeño en que quedase como estaba cuando venía-os aquí.

AME.—¡Es extraño!

MAN.—(Apartándose y cambiando rápidamente de conversación.) Que noche más anquila ¿verdad? ¡parece que todo duerme! y no se ven más que estrellas. (Mi-ndo al cielo.)

AME.—(Mira al agua.) Ya las veo, ya; y ninguna está quieta; todas se mueven.

MAN.—Pero si no las miras tú, Amelia.

AME.—Las veo en el agua.

MAN.-Tambien ahí son hermosas, también. Pero no son ellas las que se mueven.

AME.—No, es el agua que corre. (Quedan callados. Después de un silencio, lloran.)

MAN.—(Siempre a media voz.) ¿Lloras por Anita, Amelia?

AME.—No... no... ¿Y tú, Manuel? (Acercándose.)

MAN.—Tampoco.

AME.-¿Lloras por... por él?(Señala al cuarto de Anita, después al cielo aludiendo al niño)

MAN.—No, ahora no. Ni sé por qué lloro. (Pausa.) ¡Pobre Amelia! ¡Pobre melia!

AME.-(Resuelta.) ¿Quiéres hacerme un favor, Manuel, el último de nuestra vida?

MAN.—Un favor, ¿cuál?

AME.—Que me abras la puerta de tu casa y me dejes salir.

MAN.—¿Ahora?

AME.—Ahora mismo. (Yendo a coger el abrigo.)

MAN.—¿Pero qué dices? Es más de media noche. Todo es campo y montañas.

Siéntate, siéntate y procura tranquilizarte. (Amelia cae sentada y el abrigo resbala al suelo. Solloza y dice muy bajo.

AME.—¡No quiero estar aquí! ¡Yo quisiera morirme!

MAN.—¡Cálmate, cálmate! Por Dios, por mí, por todo el mundo, cálmate.

AME.—¡Sí, sí, quisiera morirme! ¡quisiera morirme!

MAN.—¡No grites, que alarmarás a Anita! Y no llores. ¡Si estás temblando! Cerraré el balcón.

AME,—No, no, Manuel, no.

MAN.—Pues toma el abrigo, toma. (Coge el abrigo del suelo y se lo echa encima.) Y hablemos, hablemos, que me das mucha pena. Mira: yo nada te he dicho de aquel tiempo para no entristecerte más.

AME.—Yo tampoco he querido decirte nada Manuel.

MAN.—No, no se puede hablar de eso porque parece que fué ayer y al recordarlo todo despierta.

AME.—Sí, si, más vale ahogarlo muy hondo. Porque nuestro amor era un crimen y Dios ha querido impedirlo.

MAN.—Pues yo, Amelia, nunca podré arrancar la pena de haberte hecho desgraciada como eres.

AME.—¿Desgraciada? En este momento no lo soy. Porque me hablas compadeciéndome.

MAN.—Sí, si, Amelia. De todo corazón. Tú me quisiste porque en mí encontraste parte de tu ser y yo fuí un infame al perseguirte. Tú sin mi hubieras querido a Ramón...

AME.—(Interrumpiéndole.) Eso no.

MAN.—Y yo llené aquel vacio con mi desgraciado amor.

AME.—¡Desgraciada no! Porque yo he sido dichosa. Si, ¿a qué negarlo? dichosa; yo he sentido por tí lo que no he sentido por ningún otro hombre... y aunque no nos veamos yo puedo seguir queriéndote... para mi sola sin ofenderte. ¿Verdad, Manuel, que no te ofendo, verdad?

MAN.—No Amelia; no me ofendes. ¡Si yo estoy muy contento! Si al oirte el corazón me salta de alegría, porque yo te he seguido queriendo siempre, siempre. Si no ha habido día que no me despertara pensando en tí. ¡Si! ¿Quieres saberlo? Siempre me ha dicho el corazon que te volvería a hablar como ahora te hablo. Mira, mira, aquí nos lo dijimos; aquí te tuve entre mis brazos. ¡Amelia! Aqui te besé.

AME.—¡Manuel, por Dios! ¡Por Dios!

MAN.—Yo te amo, te amo.

AME.—Déjame, déjame.

MAN.—Dime, dime que me amas.

ANI.—(Llamando desde dentro) ¡Manuel! (No la oye.)

AME.—Sí, sí, te amo, te amo.

ANI.—¡Manuel! (Tampoco la oye.)

MAN.—¡Tú has sido el único amor de mi vida! ¡Y lo eres aún, lo eres!

AME.—¡Déjame, déjame!

MAN.—No, no, Amelia, no. (Besándola.)

AME.—No, tú me has despreciado siempre, no. (Rechazándole con energía y desprecio ofendida por el recuerdo. Anita aparece en la puerta sosteniéndose en la cortina.)

MAN.-(Viéndose rechazado.) ¡Ah! Tu no me has querido nunca, nunca. Llorando.)

AME.—(Súbitamente compadecida.) ¿Que yo no te he querido? ¿Que yo no te he querido? (Abrazándole y besándole frenéticamente.) ¡Ah, Manuel! ¡Manuel! ¡Manuel!

MAN.—¡Amelia, Amelia de mi alma!

ANI.-¡Dios mío! ¡Ah! (Da un grito y cae muerta. Al oirla se levantan Manuel y Amelia.)

MAN. AME.—¡Anita!

MAN.—(Corriendo hacia donde ha caído Anita.) ¡Muerta! ¡Muerta!

AME.—¡Ah! ¡Yo, yo la he matado! ¡A morir también! ¡A morir! (Precipitándose en el estanque.)

MAN.—(Procurando levantarle la cabeza.) ¡Anita! ¡Anita! (Soltándola.) ¡Muerta!

FIN DEL DRAMA

